

Schubert

Después del centenario de Weber, celebrado en 1926, y del de Beethoven, que se conmemorara con tanto brillo el año anterior, hoy se recuerda otro centenario de un suceso igualmente doloroso en la historia de la música: la muerte de Schubert. Esa pérdida fué tanto más dolorosa a causa de lo prematuramente que desapareció el gran músico. Schubert ni siquiera alcanzó la breve existencia de Mozart. Extinguióse en plena juventud, a los 31 años, siendo su obra casi abundante y precozmente genial como la del maestro de Salzburgo.

Muy simple y privada de aventuras fué esa vida de Franz Schubert, exteriormente considerada. Su alma, en cambio, vivió intensamente un poético ensueño que se desvaneció fugitivo en medio de la febril labor, de la pobreza y modestia, de la bondad pura e ingenua.

Nacido el artista en Viena, en 1797, su precocidad fué tan extraordinaria que a los 17 años creaba páginas musicales que no eran meros ensayos de adolescente, sino obras maestras y definitivas, de madurez genial, no sólo por su valor intrínseco, sino porque inician brillantemente el *lied* romántico alemán cuya influencia es capital en la música del pasado siglo, a través de Schumann, Brahms, Hugo Wolf y que perdura todavía en las melodías de Ricardo Strauss.

En este género tan bello y delicado, el breve poema vocal con

acompañamiento de piano, empezó a manifestarse el genio de Schubert de modo asombroso. Entre sus primeras obras de esa índole pueden citarse maravillas, como *Margarita en la rueca*, el dramático *Erlikönig* o *Rey de los alisos*, que así se titula la célebre balada de Goethe, puesta en música por el maestro de Viena. Y con Goethe, Klopstock, Schiller, Körner, Matthisson, Mayrhofer, Kosegarten, y tantísimos otros poetas grandes o mediocres sirven a Schubert para componer bellísimos cantos de variedad y abundancia portentosas. Como que el músico no dejó menos de seiscientos, admirables en su mayor parte.

Pero esa obra que por sí sola bastaría para dar la inmortalidad al exquisito poeta musical que fué Schubert, no es todavía, en cuanto a cantidad se refiere, sino una pequeña parte de la creación artística realizada por el maestro en los más diversos géneros. Pueden recordarse sus numerosas páginas para piano, amplias y grandiosas, como la fantasía titulada *El viajero*, o breves y sutiles, como los *Momentos musicales*, *Impromptus*, etc., donde fluye todo el delicado lirismo schubertiano.

No favoreció menos a la difícil música instrumental de cámara, con sus quince cuartetos para arcos, sus sonatas de violín, tríos, quintetos, etc. En todo lo cual abundan también magníficas inspiraciones. Y en el marco más amplio de la sinfonía, que Schubert empezó a cultivar a los quince años, dejó nueve composiciones, elevándose en dos de ellas a gran altura: una es la famosa *inconclusa*; otra la *Sinfonía en do mayor*, escrita en 1828 el mismo año de la muerte del artista, partitura de grandeza beethoveniana, pero de inspiración muy personal. Después de esta gran obra cabe imaginar hasta dónde habría llegado el genio de Schubert si hubiese alcanzado su vida una duración normal.

Dentro de esa fecundidad extraordinaria, el maestro compuso también óperas y abordó la música religiosa, a la que le impulsó el misticismo de su espíritu. Dos de sus misas, la *solemne* y la en *mi bemol* son composiciones importantes.

Si Beethoven marca en la historia musical la transición del clasicismo al romanticismo, con abundantes características de

una y otra época, Schubert significa ya la plena floración romántica en el *lied* y en la música instrumental, siendo en tal sentido el más completo paralelo de su contemporáneo Weber, creador, con su *Freischütz* y su *Oberón*, del teatro lírico romántico.

Tal fué el mundo de inspiración y de belleza que iluminó la existencia de Schubert y que hoy brilla todavía con inmarcesible fulgor, como destello de aquella alma pura en su efímero paso por la tierra.

ERNESTO DE LA GUARDIA.